

nes—, le espetó: “Dice el director que está usted desafinado; que ponga atención para la siguiente obra”.

Maquinalmente León puso el dedo, en sucesiva palpación, sobre los parches; le bastaba presionar—una caricia—la piel tirante para sentir el tono. Estaban afinados. ¡Ya lo sabía! Entonces su cólera lo inflamó hasta el paroxismo; sus nervios estallaron, tundiéndole el cerebro. ¡Aquello era insufrible! ¡Una humillación más! ¡Venganza!... ¡Una venganza pronta, inmediata! ¡Ah, el canalla de Graciani... se la pagaría!

Pasaron los primeros compases de la obra recién iniciada sin que su ofuscación se desvaneciera. Pero poco a poco fue adquiriendo León una lucidez extraordinaria, una tensión imaginativa que lo orillaba a la clarividencia. En el fondo bullían, oscuros y amenazantes, su odio y su venganza. Sin embargo, sabíase obligado y sujeto al dinamismo polifónico, al que seguía, analizando con avidez el desarrollo del tema. Vió con los ojos, desde el “adagio”, cómo todos los instrumentos concurren a la construcción común; cada instrumento iba aportando su translúcida materia, timbrada y elástica, vibrante de cohesión. Cada sonido, al impulso de la batuta, se juntaba con su afín, hasta formar el hinchado haz del acorde. Materia prima que se acumuló en los cimientos. Vió luego cómo surgían las recias columnas delineadas por los metales. El timbalero, con sus tímboles, sostenía el esfuerzo. Lenta construcción de tiempo lento. Presentóse después el “scherzo” premioso, que en un trazo fijó la línea elegante y graciosa de los arcos

y de las cúpulas; y el calado silencio de los rosetones. Los violines en notas rectas esculpieron las torres, que se elevaron más y más al impulso vital y ardiente de los clarines.

Acudieron a tiempo las maderas en su gregario afán de ornamentación y colorido. Plásticas modulaciones dejaron líneas onduladas, volutas, guirnaldas, grecas, archivoltas. Pálidos verdes y azules en contraste. Redondeces mórbidas de cornos. Perfecto decorado.

La obra se mantenía en el aire, transparente y firme y luminosa. Palacio encantado del arte. ¡Grandiosa arquitectura!

Fue en aquel momento en el que León Marzán vió la batuta—varita mágica—manteniendo en el aire el transparente y simétrico prodigio. La batuta señoreaba como único sostén de la obra múltiple... ¡Vano alarde! ¡Soberbia audacia! ¡Mentira y fraude!

¡Ah... su venganza! ¡Allí estaba su venganza! El podía destruirlo todo en un segundo; él podía acabar con tanta petulancia de una vez para siempre. Y rápido, frenético, destemplando los tímboles comenzó a golpear con furia sobre los pergaminos en un redoble alucinador y ciego. Los cabellos en desorden batía convulso e incansable.

León presenció entonces, loco de alegría—loco de verdad—, cómo la grandiosa arquitectura se venía abajo con estruendo a los golpes de su ariete, y vió cómo el director—el maldito director—quedaba anonadado y mudo bajo los escombros, la desencantada varita mágica desprendida de su mano.

## EDUCACION DE LOS SENTIDOS

Por el Abog. MANUEL MORENO SANCHEZ

*MANUEL MORENO SANCHEZ, actualmente catedrático de Sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, representa dentro de la generación más joven al estudiante capaz y disciplinado. En sus libros ya publicados, es de notar su tendencia a construir toda una filosofía alrededor de los temas vitales de nuestro tiempo.*

### EL MILAGRO

Los sentidos realizan el milagro de que la vida se adivine a sí misma. Los procesos más brillantes de la naturaleza quedarían inatendidos, si no fuera porque el hombre lleva la capacidad de sentirlos. El mismo no llegaría a la conciencia de su propia realidad, si no poseyera esas ven-

tanías que le abren el paisaje de las cosas. Ni podrían revelarse en toda su significación los latires del ser orgánico, los impulsos secretos y primarios. Todo ello es posible a causa de los sentidos.

La idea dinámica del mundo lleva implícito un anhelo de superación, de ascenso. Y en ella, los sentidos significan el instante en que la na-

turalidad muerta, o viva, pero ciega, salta más allá de su propia inconsciencia y adquiere la imagen de sí. Tal vez no ande mal, de esta manera, la afirmación idealista de que el espíritu es la naturaleza que se contempla a ella misma; si por otros motivos fuere falsa, es poéticamente verdadera. Lo primario del espíritu son los sentidos que logran contacto con las realidades. Y por eso decimos que en ellos se opera el milagro que conduce, en complejidades posteriores, a los más brumosos e indescifrables procesos de la conciencia. En las cosas vivas, los principios y los finales son nada claros. En aquéllos, un nuevo ciclo de naturaleza surge y continúa la cadena del existir; en éstos, el destino de las cosas vivas se cumple o se frustra. Por eso todo proceso vital se da limitado en dos formas: nacimiento y muerte; ambos igualmente indefinibles por la mentalidad humana, sólo aprehensibles por la adivinación que si adormece las ideas claras, en cambio halla la conformidad con el sentido de la vida. Es precisamente en el claro-oscuro del nacimiento o de la muerte, donde los sentidos juegan su papel más misterioso y significativo, donde muestran esa capacidad que, si se logra y florece, nos lleva a lo creador.

Desde los primeros momentos, late impetuosa la vida al encontrar las cosas que forman su ambiente. En el hombre, los sentidos conducen desde la niebla de los días originarios hasta la claridad de los años maduros. Cuando se apaga la vitalidad y descienden cuerpo y alma, en unidad estrecha e indisoluble, a lo natural de donde vinieron, cerrando un ciclo vital, en los sentidos dura viva la llama última y, después todavía, el eco de luz resuena en ellos antes de terminar definitivamente.

Si el hombre fuese una individualidad cerrada e independiente, los sentidos serían esas ventanas por las que toda conciencia se asoma al mundo, se asombra y goza. Ventanas amplias, generosas, que ninguna claridad pierdan, en que quepan todo paisaje y toda música. Serían, así, más milagrosos cuando, capaces de filtrar colores, formas, figuras, de ofrecer bases para la ordenación de la realidad, entregaran los supuestos del placer que se despierta en el alma si se miran las cosas. Vivos y humanos, los sentidos nos muestran la realidad en lo agradable y lo desagradable, en lo noble y lo perverso, nos dejan de todo huellas perennes y nos guían por sus propias rutas a lo que salva y a lo que condena.

Partes de nuestra carne casi, los sentidos no son formas alejadas del mundo y puestas frente a él para enfocarlo, sino más bien expresiones del ansia de unión con el ambiente que lo vivo lleva. Mejor aparecen como los conductos de que disponemos para abrazar las cosas, para unirnos

con todo. Muy adentro llevamos el impulso de solidaridad, de recogimiento en lo semejante, que obtiene su más alta medida en el místico, y los sentidos realizan así el milagro de brindar calor y compañía en la soledad, matan el aislamiento y nos funden con el mundo.

### REVELACION DEL MUNDO

Por los sentidos es posible nuestro conocimiento acerca de las cosas. Antes que los datos obtenidos se sistematicen, poseemos los elementos que integran la experiencia. En ocasiones los hombres olvidan aquello que los sentidos aportan y hacen de la cultura simple verbalismo sin objetividad; pero al renacer el anhelo de unir experiencias adquiere sentido la revaloración de los datos sensoriales. Las cosas retornan a lo que son formal, sensualmente; se revelan a la conciencia por los cauces de los sentidos.

Podríamos decir que las cosas *son* porque las sentimos, o cuando menos, que por ello *son primordialmente*. Pero no nada más lo que sentimos *es*. Más allá del espacio sensorial quedan maravillas cuyo conocimiento directo no nos es dado. Porque la función de los sentidos está sometida a limitaciones. No obran sobre un campo de experiencia absoluto; pero el que tienen es primordial para saber y para el goce. El espacio y el tiempo que ciñen nuestro contacto con las cosas, son finitos. Siervos de ese tiempo, esclavos de ese espacio, son nuestros sentidos. Muestran al hombre cómo se encuentra limitado, le enseñan la tragedia que implica su anhelo de libertad, la engañosa ilusión de sus infinitas posibilidades. Pero, asimismo, en tales limitaciones los sentidos topan con aquello que salva al hombre, porque éste sólo trasciende al sentir su vida rebotar contra las paredes de un destino.

La desconfianza en los sentidos ha inventado las ideas *a priori*. Empirismo e idealismo son problemas de fe. Desaparecen cuando se tiene la certeza interior de lo que se oye, de lo que se toca. No todo lo que existe puede apreciarse por los sentidos; pero lo que por ellos se aprecia, existe indudablemente. Sólo niegan la existencia de las cosas así reveladas quienes ignoran su secreto. Lo que uno toca se estremece, vibra en la plenitud de su vida, porque tocarlo significa penetrar el secreto mismo de que las cosas se rodean para ser. Si no toco las cosas tocables, quedan ante mí sin significación vital, pierden su sentido y equivocan su destino que es el de ser tocadas. Los sentidos, así, no sólo cumplen la función que les pertenece, sino que ayudan a que las cosas se realicen plenamente y obedezcan su propia dirección interior.

De todas maneras los sentidos nos revelan el mundo. Las nociones más primarias y profundas

de diferenciación de la realidad, son nociones sensoriales. Las calidades de las cosas son ante todo externas, se alcanzan por los sentidos. Lo interno pertenece más bien a la esfera de nuestro valorar. Pero jamás distinguiríamos la piedra y las sedas, las voces y la música, el color y el paisaje, el cielo y la carne, si cada una de esas cosas no revelaran su individualidad irreductible ante los sentidos del hombre, plenos y audaces. Nos revelan esa individualidad y nos la hacen perenne. Cuando hemos palpado la tersura de un dorso y sus calidades inconfundibles se nos han quedado en los dedos, ha de pasar mucho tiempo para que se olviden, y mientras tanto nuestros sentidos buscan, ansían obscuramente. Más ciertos que nuestro recuerdo, anhelan la repetición de una música, de algún sabor, los que, imposibles de ser descritos, se han grabado ya en esa especie de pre-memoria por virtud de la cual los sentidos reconocen las calidades antes que la memoria misma produzca las imágenes.

Nos revelan el mundo; nos lo hacen delimitable, gozoso. La alegría que se oculta debajo de las calidades aparece y brilla cuando los sentidos aprehenden lo real; pero en cambio nace la tristeza si lo substituyen por unas cuantas ideas desleídas, opacas.

### CICLOS, CATEGORIAS

Los sentidos cumplen su función en ciclos y categorías variados. Nada en ellos es monótono, ni tiene el mismo valor. Se superan de un ciclo a otro, se ordenan en jerarquías; son ejemplo de la estructura complicada y magnífica que es el alma. Pero estos ciclos no se nos hacen muy accesibles porque nos falta finura en la percepción. El lenguaje mismo es incompleto y tímido. Hay pocas palabras para designar con exactitud los diversos grados y matices en que los sentidos cumplen sus funciones. El lenguaje psicológico progresa en la medida en que adelanta la técnica de introspección. Mientras mayores detalles descubramos y aislemos en nuestro sentir, más perfecto se hará el idioma. El hombre primitivo funde en un sólo acto de expresión la palabra y el sentimiento. Una palabra puede significar, para él, simplemente la catástrofe o la gloria, el placer o la derrota; a la palabra acopla la actitud en la cual no se distinguen elementos, detalles, sutilezas. Pero a medida que el hombre perfecciona la técnica del conocimiento interior, percibe diferencias mayores, encuentra procesos llenos de complejidades que permanecen detrás de los sentidos. Hoy nuestras palabras se estorban unas a otras; pero alcanzamos sin embargo a notar grados más finos, más tenues en nuestro sentimiento.

Hay pocos símbolos de la mentalidad primitiva tan claros como la máscara. Independientemente de su significado y utilidad, temas que pertenecen a la sociología, la máscara presenta la eternización de un gesto de la cara. Ya sean los ojos abiertos desmedidamente, la boca de labios deformes, o la nariz brutal y exagerada; a menudo, risa cruel o mueca dolorosa, o, lo que es más característico, ausencia de expresión. Todo ello produce ese aspecto terrible de las máscaras. Porque la cara humana, dotada de finos y constantes movimientos que la hacen agradable, expresiva, llena de sentido, *histórica* en suma, se vuelve, en la máscara, paralítica; conserva impresa una última emoción, un gesto final, huellas que ha dejado la vida en el momento de irse. Por eso la máscara está ligada en los pueblos primitivos con muchos aspectos de la muerte; remeda un rostro en que se ha apagado la llama del movimiento y en el que se conserva una permanente, cansada, pavorosa expresión.

Poco ágil, como la máscara, es el conocimiento primitivo del alma y del carácter. Los complejos psicológicos se presentan en unidad indestructible, no se les descifra, ante ellos retrocede el análisis, se les nombra con una sola palabra. Más tarde la cara se hace delicada, mil pequeños movimientos delatan otras tantas sensaciones y el hombre huye al miedo o al asombro que le producen los rostros secos, inexpresivos, inmóviles. Cuando el lenguaje ha llegado a expresar tanta variedad interior, se hace capaz para llamar por nombres a los distintos *ciclos del sentir*, aunque sean muy finos y sutiles.

Por ahora baste con decir que los sentidos avanzan a través de tres grados del sentir. Primero está el simple tropiezo con las cosas, cuando al encontrarlas los sentidos retroceden temerosos. Ya entonces hallan algo más allá de ellos y sufren un como sobresalto. Luego viene la búsqueda de los elementos sensoriales de las cosas, en que los sentidos vierten generosamente su capacidad y forman la imagen completa que se graba, después, en la memoria. El tercero es una suerte de abandono de los sentidos en las cosas, un dejarse arrastrar por ellas como son, simples, concretas. En esta tercera etapa los sentidos intervienen unos y otros en el mismo acto sensorial; ahí se apoya el salto que desemboca en la conciencia plena, la fuga, la carrera hacia la meta que se halla arriba de todos los sentidos, en el mundo de los ensueños, de las imágenes puras y perfectas.

El sentido de la vista es el más amplio. Los tres ciclos los cubre cuando va del *ver* al *mirar* y al *contemplar*. Ver es, simplemente, notar la presencia de una cosa; pero mirar es ya la detenida

actividad de los ojos sobre el mismo objeto; contemplar, más que todo ello, es el abandono del cuerpo y el alma que, teniendo como guía los ojos, penetran y se dejan penetrar por la cosa que se observa. Si entonces los sentidos agotan el interés que perseguían, si en fuerza de quedarse ahí, estancados, acaban por perder la presencia del objeto, o si interviene otro factor, lo cierto es que cuando la contemplación se prolonga y el alma se aniega en sensaciones visuales y se cierran los ojos cuando ya nada enseñan, se inicia el imperio de la imaginación en vuelo que adormece; así el goce de mirar cambia, desemboca en la inquietud de adivinar.

Lo mismo los oídos. *Oír, escuchar, atender*, forman la triada sensual en que transcurre el proceso; ahí también el encuentro con las cosas afluye, en virtud del superarse, a esa embriaguez que sucede como vaga emoción cuando los oídos se fatigan o se declaran inútiles para transmitir lo que vibra más allá de su poderío. Para el tacto quedan el *tropezar* con las cosas, el *tocarlas* y el *palparlas*. Los sabores se nos revelan del *gustar*, al *saborear*, al *deleitarse*; los olores, del *oler*, al *olfatear* y al *inhalar*. Y así en todos los sentidos; porque si bien encontramos dificultades en las palabras, firme y segura tenemos la vivencia que asciende y se hace perfecta y que, en fuerza de mostrarnos el mundo de las cosas, nos fuga de él.

El sentido de la estabilidad, por ejemplo, nos da la manera de orientarnos. Llegamos así al *equilibrio*, la *dirección*, el *sentido* del ambiente que vivimos en un momento dado. Es ya una facultad dinámica y no estática como los demás sentidos. De él ascendemos también, hasta que el espíritu, siguiendo la orientación del espacio, se encuentra con la expresión misma de nuestro destino y adivina lo que hay en nosotros de más secreto, de inefable.

Los tres ciclos del sentir son formalmente semejantes; pero es evidente que no todos los ciclos tienen igual categoría. El espacio, el campo que abarcan no es idéntico para todos. Sería ciertamente mayor si estuvieran mejor educados, si fueran más finos y sutiles; pero en sus posibilidades existen ya, jerarquías que no pueden ignorarse. Quien sabe si lleguemos a saber de hombres con sentidos tan afinados que puedan oír la música de las cosas que vean y que a nosotros nos parecen calladas, que huelan lo que a nosotros nos parece inodoro, que palpen lo que oigan, y se

deleiten con los sabores de las cosas que miran a distancia. Para ellos no pueden tener significado aquellos versos de Salomón de la Selva: "...el olor del topacio, si las piedras olieran..."

Sentidos más perfectos violarían el tiempo. Podrían oír las voces que sonaron hace años y que nosotros no sabemos si flotan todavía en el ambiente; mirar las luces de ojos ya cerrados hace mucho, penetrar así en el conocimiento de almas inactuales. Pero con todo, entre los sentidos existen categorías, abarcan espacios y tiempos distintos. Los necesitamos más o menos, los desarrollamos también de diferente manera; pero en general, los abandonamos a sí mismos, sin forzarlos a que desenvuelvan lo que llevan dentro como germen.

## LA EDUCACION

Hay largas épocas en que los sentidos, porque son carne viva y palpitante, quedan relegados. La educación se hace, entonces, a base de las ideas, de la razón. Pero todos los argumentos no bastan a justificar la mala educación de los sentidos. Produce gentes que pasan por el mundo viéndolo opaco, que no descubren el constante milagro de color que hay en todo, que ignoran lo que es abandonarse a la corriente impetuosa, callada, atrayente y mortal que forman los sentidos.

Tales gentes ven y se duermen porque los ojos se fatigan cuando no hallan la sorpresa que se adivina hasta en las formas vulgares; oyen y bostezan porque ningún ritmo, ningún giro nuevo topan en el mundo que les rodea; tocan, huelen, gustan, pero nada les interesa ni les asombra. Estos, sin embargo, no son los peores, una mejor educación de la sensibilidad puede hacerles las cosas atrayentes, maravillosas.

Pero los enemigos de la plena sensibilidad, son los emboscados en prejuicios y normas abstractas. Evaden las calidades que tiene la realidad como si las cosas en sí mismas nada significaran. Pero ya están clasificados: tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen; si pasan junto a un perro muerto se cubren la nariz y no se fijan en lo brillante de la dentadura. Tibios, hipócritas, los consume el miedo de tocar el mundo, los corroe el deseo de disimular el fuerte olor de las cosas, de ocultar su cruel, limpia y brutal significación.